

La conclusió darrera és que cal llegir aquest llibre, encara que només sigui per reflexionar amb A. Grandazzi sobre com cal enfocar, avui en dia, els estudis sobre l'antiguitat clàssica. Aquesta «provocació» a la lectura i a l'opinió és, per a nosaltres, un dels aspectes més positius, si bé no l'únic, del seu treball.

Juan Gómez Pallarès

ROBERTO CARDINI
«*Cepi nostras Intercenales
redigere in parvos libellos...*».
A propósito de Mosaici.
II «*nemico*» dell'Alberti

La de las Intercenales es, desde luego, una historia accidentada. Escritas a intervalos, recogidas y distribuidas en diez libros y atribuidas infundadamente a otros autores, permanecieron inéditas hasta que en 1890 Girolamo Mancini publicó el manuscrito oxoniense en el que se conservaban 17 de las 41 de la actual colección¹. La fortuna de las 24 restantes no fue menos turbulenta. Únicamente el feliz descubrimiento de Eugenio Garin, hace tan sólo veinticinco años, nos ha permitido conocer el resto de la obra, guardado en la Biblioteca del *Convento de S. Domenico de Pistoia*, en un manuscrito ligado a una edición de *De civitate Dei* de san Agustín (Leon Battista Alberti, «*Intercenali inedite*», a cargo de Eugenio Garin, *Quaderni di Rinascimento*, Florencia, Sansoni, 1965, pp. 125-258). El propio Garin, poco des-

¹ Se trata del manuscrito *Canunisianus*-misc. 172 de la Bodleian Library editado por Girolamo Mancini en *Leonis Baptistae Alberti Opera inedita et pauca separatione impressa*. Florencia, 1890. El texto de las *Intercenales* ocupa las páginas 122-235.

pués de su hallazgo, editó los textos recuperados, no sin antes advertir el carácter provisional de su trabajo, algunos de cuyos errores de interpretación y transcripción señaló después G. Puccioni (G. Puccioni, «Note sulle nuove *Intercenali* di L.B. Alberti». *Studia Florentina Alexandro Ronconi Sexagenario oblata*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1970, pp. 357-64). Las vicisitudes del texto albertiano no acaban, con todo, aquí, pues a todo esto seguimos todavía sin contar con una edición total de la obra que nos permita leer en un solo volumen los dos troncos que forman el texto de Alberti. Por si tales infortunios no fueran ya bastante, la edición de la mayor parte de las *Intercenales*, a cargo de Roberto Cardini, no ha contado, por las razones que sean, con una adecuada difusión (L. B. Alberti, *Intercenales* (libros III-XI) a cargo de Roberto Cardini, Roma, Bulzoni, 1978).

Pero si incierta ha sido la fortuna de las *Intercenales*, tanto o más lo ha sido la actitud con que la crítica ha analizado el texto de Alberti. Una actitud que definiríamos como cauta o excesivamente (y tan sólo) insinuante. Porque muchas veces los críticos se han limitado a esbozar nuevas líneas de interpretación, nuevas metodologías que permitieran comprender toda la complejidad de la obra albertiana sin decidirse, no obstante, a poner en práctica sus presupuestos teóricos.

Afortunadamente en los últimos años la situación ha cambiado. Cada vez con mayor frecuencia han ido apareciendo nuevos y muy acertados trabajos sobre la producción literaria latina de Alberti. Las *Intercenales* no sólo no se han mantenido al margen de este interés por el latín de Alberti, sino que han conocido un nuevo impulso y un replanteamiento de análisis. Reconsideración que tiene su mejor exponente en la última monografía sobre los diálogos satíricos de

L.B. Alberti. Se trata del brevísimo *Mosaici. Il «nemico» dell'Alberti*, volumen publicado por Roberto Cardini y de reciente aparición (Roma, Bulzoni Editore, 1990, 90 pp.).

Dos son los trabajos que conforman el ensayo de Cardini. En el primero de ellos («Il nemico dell'Alberti», pp. 1-50), Cardini analiza el texto de *Hostis*, uno de los siete que conforman el tercer libro de las *Intercenales*. El segundo («Satira e gerarchia delle arti: dall'Alberti al Landino», pp. 51-66) estudia el texto de Corrolle, tercera *Intercenal* del libro IV, cuyo análisis se complementa con el estudio de un pasaje de Cristoforo Landino, concretamente de un fragmento de las *Disputationes Camaldulenses*. Un apéndice, en el que aparecen los textos originales de Alberti según la edición de Cardini, un índice de manuscritos cotejados y de nombres, y un apunte bibliográfico completan la obra (pp. 67-90).

Puede resultar a simple vista desconcertante que Cardini llame «appendice» a los textos albertianos, que les dé en cierto modo un tratamiento secundario y no los edite como prólogo a sus páginas críticas. El desconcierto es sólo aparente. Para Cardini los textos son sobre todo, como él mismo señala, terreno en el que verificar su metodología, laboratorio en el que poner en práctica sus criterios de lectura y análisis del texto albertiano. A la exposición de estas consideraciones metodológicas dedica precisamente las primeras páginas del volumen (pp. 1-7), indispensables para entender el resto del librito. Frente a la mayoría de los críticos, que han hecho hincapié en el carácter autobiográfico de las *Intercenales* y han descuidado la estructura de la obra sin preocuparse por las posibles conexiones entre textos de un mismo libro, el gran acierto de Cardini consiste en justificar su propio método a partir del testimonio del mismo

Alberti, en concreto del prólogo del libro III de sus *Profugiorum ab aerumna libri*. Es éste un pasaje programático, en el que Alberti, al tiempo que revela su concepción de la literatura como continua «reutilización» de todo el material empleado en los siglos precedentes, nos da interesantes claves para la interpretación de sus escritos. La obra albertiana, repite una y otra vez Cardini, es un «mosaico» cuyas teselas, material de desecho de otros edificios, pueden formar una nueva composición, original y diferente de las ya existentes. Pero además cada *Intercenal* —es ésta otra constatación de Cardini— tiene un significado en relación con el resto del libro al que pertenece. Su colocación en uno u otro libro no se debe al azar o al capricho del autor, sino que responde a una voluntad clara de unidad por parte de Alberti, quien ha preferido (y así nos la hace saber alguna vez) agrupar textos de temática afín en un determinado libro.

He aquí, en síntesis, la metodología que Cardini propone para interpretar correctamente los textos albertianos. Una vez especificada, es el momento de aplicarla en un texto concreto. Para ello la elección es deliberadamente arriesgada, pues recae en *Hostis*, una *Intercenal* sobre la que Alberti, cuando menos explícitamente, no ha pronunciado ningún juicio crítico previo, no ha sugerido ninguna clave de lectura.

Para Cardini, *Hostis* presenta dos problemas de no poca envergadura, relacionados inevitablemente con las consideraciones metodológicas anteriormente esbozadas. El primero hace referencia a la originalidad del texto, al material en definitiva del que están hechas las diferentes teselas de este mosaico albertiano (pp. 7-30). *Hostis* narra sustancialmente un hecho histórico. En un momento de la guerra entre Pisa y Génova, un grupo de prisioneros pisa-

nos cae en manos del enemigo. Indeciso, el senador genovés delibera sobre la suerte de los rehenes. Dos son las soluciones que proponen los senadores: acabar con la vida de los cautivos o dejarlos en libertad. A ambas alternativas se opone la opinión de un pisano, traidor a su ciudad, que aconseja al senado genovés encarcelar para siempre a los pisanos. Con ello no sólo debilitarán el poder enemigo al dejar sin hombres a la ciudad de Pisa, sino que impedirán que sus mujeres puedan contraer matrimonio de nuevo. La estrategia del pisano, quien logra convencer finalmente a los senadores genoveses, lleva la desgracia a la ciudad de Pisa.

Alberti relata un acontecimiento verdadero. Podemos perfectamente fecharlo ya que disponemos de testimonios que dan cuenta de la batalla entre Pisa y Génova, y en particular de la deliberación del senado genovés. Uno de ellos —la crónica de fra Lorenzo Taiuoli— es sin duda alguna la fuente en que se inspira Leon Battista Alberti. Sin embargo, el mérito de nuestro autor —matiza Cardini— radica en convertir un fragmento lineal y neutro, como es el pasaje de Taiuoli, en un texto chispeante y subjetivo. Con prodigiosa habilidad, Alberti transforma el estilo analítico de la crónica en una sucesión de discursos, explícitos o indirectos, que sintetizan las tres proposiciones. La «retorización» de Alberti llega todavía más lejos, pues la tercera propuesta no se pone, como en la crónica medieval, en boca de un grupo de senadores, sino que proviene de un solo hombre, de un pisano malvado y vengativo que sólo pretende sembrar la discordia entre sus antiguos conciudadanos. Son precisamente estas sutiles novedades, enunciadas deliciosamente por Cardini (pp. 7-16), un buen ejemplo de esa «re-escritura» albertiana a la que antes aludíamos.

Pero es también *Hostis* un texto plagado forzosamente de reminiscencias clásicas. Cardini desmonta el episodio albertiano y determina los materiales que lo conforman. Los resultados (pp. 16-30) son ciertamente sorprendentes: asombrosas son la coincidencia, «anche linguistica», con un pasaje de Livio (IX, 3, 4-4, 5) y la inspiración virgiliana (*Aen.*, VI 851-3) y enniana (*Annales*, frg. 194 Vahlen², y no 294 como señala Cardini) de algunas líneas de *Hostis*, constante es la referencia a pasajes del *De officiis* de Cicerón. Se trata, no obstante, de teselas ocultas que no pueden ser buscadas en léxicos o repertorios de concordancias, pedazos gastados que el autor recompone. Originalidad y tradición se combinan, pues, magistralmente en la creación del nuevo mosaico albertiano.

Sin embargo el rasgo que distingue ciertamente el *Hostis* de Alberti es la presencia, inquietante y decisiva, de ese singular pisano al que las crónicas del medioevo ni siquiera mencionan. Los motivos aducidos por Cardini para dicha inclusión son absolutamente convincentes y ayudan a comprender el contenido y la organización del libro tercero de las *Intercentales* (pp. 30-50), segundo problema que plantea «El nemico» albertiano.

De los once libros que constituyen las *Intercentales* albertianas, media docena cuentan con un prólogo en el que el autor sugiere posibles lecturas o interpretaciones de los textos que siguen. No es éste el caso del libro III, que se abre directamente con *Picture*, una *Intercental* donde Alberti describe un templo adornado con una serie de figuras que representan cada una de las virtudes y cada uno de los vicios humanos. Una de estas estatuas representa la Venganza, a la que acompañan, entre otras, la «Contentio» y la «Calamitas». Sobre el carácter alegórico de dicha descripción, la crítica albertiana

ha sido siempre unánime. Cardini, por su parte, prefiere ver en el texto de *Picture*, más concretamente en algunas de las estatuas negativas que decoran los muros del templo, una clave de las *Intercenales* de este tercer libro. Así, en el caso de *Hostis*, el argumento del texto se correspondería con la «Vindicta», divinidad que inspira las acciones del malvado causante de la calamidad de Pisa. El punto de vista de Cardini corrobora así esa probada complementariedad temática que poseen todas las *Intercenales* de un mismo libro y a la que los críticos, salvo excepciones no habían prestado la debida atención.

Leído parcialmente en un reciente congreso, el segundo estudio («Satira e gerarchia delle arti: dall'Alberti al Landino», pp. 51-66) sigue las líneas trazadas en el primer ensayo. Para esta ocasión Cardini escoge una *Intercenal* del libro IV (pp. 51-56). Se trata del texto *Corolle*, satírico diálogo en el que la Gloria y la Envidia buscan un candidato al que ofrecer una guirnalda de flores. Para tal distinción se presentan varios literatos: un nefasto poeta centenario, un orador pedante y vacío, un malicioso *obtrektor* que personifica el bibliófilo Niccolo Niccoli, y un desgraciado literato de nombre Lepidus, que se constituye en portavoz del propio Alberti y que finalmente recibe el premio. La situación, aparentemente irrelevante, es un pretexto para que Alberti lleve a cabo una feroz sátira de todas las artes ridiculizadas en los tipos descritos más arriba. El motivo, con todo, no es nuevo, pues en otras *Intercenales*, como *Cynicus*, o en otros textos de Alberti, como son *De commodis litterarum atque incomodis Momus*, la crítica del sistema de las artes alcanza niveles de amargura incluso mayor que en *Corolle*. Es por ello que quizá más adecuada habría sido la comparación, por parte de Cardini, con los pasajes más pesimistas y ácidos del *De commodis* (v.gr. IV, 56-70), donde

Alberti establece un orden jerárquico de las profesiones, en un intento de poner de manifiesto la supremacía «inconveniente» de las letras y de la actividad intelectual sobre la vida práctica.

Para dicho cotejo Cardini escoge, sin embargo, un texto esta vez no de Alberti, sino de Cristoforo Landino. Se trata de un pasaje del primer libro de las *Disputationes Camaldulenses*, donde Landino, precisamente en boca de Alberti, reivindica la prioridad de la contemplación sobre la vida activa (pp. 57-59). Si Alberti se había centrado en la sátira de las diferentes artes desde un punto de vista casi diríamos social o práctico, Landino pasa a un nivel mucho más teórico, que Cardini resume con precisión (pp. 59-63). Al autor de las *Disputationes Camaldulenses* le interesa más la utilidad de la meditación frente a las voces civiles de otros humanistas que, como Bruni o Salutati, defendían el papel político del ejercicio intelectual. Al pasaje de Landino aplica Cardini otra vez (pp. 63-66) su «metodo dello smontaggio» tan acertadamente empleado en el texto de *Hostis*. Son ahora Séneca (sobre todo su *De otio*) y el *De officiis* ciceroniano las piezas que constituyen el mosaico landiniano. La presencia del tratado de Cicerón no deja de ser relevante. Considerado manual de continua lectura por los máximos exponentes del humanismo civil florentino, se nos aparece aquí como punto de referencia de un autor del que, al igual que de Alberti, poseemos abundantes testimonios de oposición a las ideas del humanismo civil. Una advertencia, esta última de Cardini, que contrasta otra vez con la visión de no pocos estudiosos.

Unas palabras finalmente sobre la edición de los textos albertianos (pp. 71-73 y 74-81). Tal como declara en una nota previa (p. 69), Cardini ha editado de nuevo el texto ya publicado por él en 1978. Sus criterios de edición nos pare-

cen correctos, pues subsanan algunas de las malas lecturas de Garin y Puccioni. Por lo que respecta al aparato de fuentes, pese a que el propio Cardini advierte que el suyo no es un comentario lingüístico, sí se echa en falta alguna mención más de las posibles coincidencias léxicas entre *Corolle* y algunos textos de Plauto. Como se comprenderá fácilmente, estas observaciones son tan sólo concretos apuntes que no pueden ni deben para nada minimizar el trabajo de Cardini.

Con esta, quizá, excesivamente larga nota de lectura hemos querido también nosotros diseccionar el discurso de Cardini, mostrar todo el complejo entramado de un ensayo que pretende ser mucho más que un simple comentario crítico. En efecto, en *Mosaici. Il «nemico» dell'Alberti* Cardini ha sabido poner las bases de una nueva metodología que a partir de ahora deberá ser un punto de referencia obligada para todos los estudiosos de la obra latina de Alberti.

En el prólogo general a los *Intercoenalia Libri Alberti* declara que ha iniciado la recopilación de sus *Intercoenales* en pequeños libritos «quo... commodius possent perlegi»². Ahora Cardini a su vez presenta en un «libellus» de menos de cien páginas dos de las *Intercoenales* albertianas. Sin duda ello permitirá leer con más facilidad unas obras que sólo un siglo después de su redescubrimiento empiezan a ser juzgadas y apreciadas en su justa medida. Sólo nos cabe esperar que la labor de Cardini tenga la continuidad deseada.

Alejandro Coroleu

² En MANCINI, G. (Opera inedita..., cit, p. 122). El texto completo de Alberti se inicia así: «Cepi nostras intercoenales redigere in parvos libellos, quo inter coenas et pocula commodius possent perlegi».

SEBASTIÁN F. RAMALLO ASENSIO
*La ciudad romana de Carthago
Nova: la documentación
arqueológica*

Múrcia, Secretariado de
Publicaciones de la Universidad de
Murcia, 1989, 200 pp.

Cartagena, *Carthago Nova*, és un treball afortunat de dedicació d'estudiosos del món antic, des dels treballs d'Asensio de Morales i més tard del comte de Lumiares al final del segle XVIII, tot passant per la dedicació d'Antonio Beltrán durant gairebé els últims cinquanta anys, l'inventari de C. Belda i els treballs de Michael Koch a l'epigrafia de la zona, o contribucions importants com les d'A. González per a l'època tardana. S. Ramallo en el moment actual dóna una nova embranzida a aquests estudis als quals ha col·laborat en una ja llarga dedicació d'un decenni. La sèrie *La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio*, prevista en quatre volums, de la qual aquest és el segon, és una bona mostra de la dedicació i capacitat d'agrupació d'esforços que demostra l'autor del treball que ens ocupa, qui la dirigeix amb un ritme que va més enllà de l'habitual en la seva celeritat i el seu nivell. S. Ramallo es fa ressò en el primer capítol de la historiografia arqueològica de Cartagena tot recollint en forma adient els treballs anteriors sobre el tema i destacant-hi les aportacions; també hi fa esment dels noms il·lustres i benemèrits que són les fites del camí de la molt rica història local de Cartagena.

El segon capítol toca un tema important: el de la topografia antiga de *Carthago Nova*, que és enfocada en un nivell de progressiva aproximació des d'un marc geogràfic que abasta el territori immediat. No passa de tota manera en aquest capítol d'assenyalar les línies